

INTERVENCIONES DEL ANALISTA EN PSICOANÁLISIS DE NIÑOS

Lic. Beatriz Janin

"Tiene dificultades en la escuela ...", "Llora por cualquier cosa ...", "Se hace pís ...", "Quizás yo tenga la culpa ...", "Salió al padre ...", "Qué le pasa ...", "¿Por qué esto a mí? ...", "¿Qué debemos hacer? ..."

Y el consultorio se puebla de quejas, de pedidos, de reproches. Va apareciendo desordenadamente una historia y apenas si podemos vislumbrar de quién nos hablan, un alguien que, a veces, ni tiene claramente un nombre (se llama ... pero le decimos ... y también ...), ni una fecha de nacimiento ("fue el ocho, no, el dieciocho, pero de otro mes").

Uno puede tentarse y forzar un orden. Pedir datos, responder preguntas y tranquilizarlos y tranquilizarse con un "este niño está enfermo, necesita tratamiento, tantas dosis de sesiones, un cambio de colegio, que no se le dé de comer en la boca o que se lo saque de la habitación de los padres".

Pero es claro que la teoría psicoanalítica nos enseña otras cosas. Por ejemplo, que no es una modificación conductual impuesta por otro la que puede generar cambios en la estructura psíquica. Que no será a partir de una indicación o un consejo que alguien pueda hacer conciente sus deseos, que la sexualidad insiste en la búsqueda del placer y que no hay sentido común ni recomendación capaz de eliminarla. Y es que también aquí se trata de la sexualidad, de los deseos que vamos descifrando en el niño y en sus padres.

Pero además, ¿quién detenta el saber sobre lo que se debe hacer con un niño? ¿Quién puede ubicarse como juez de amores y odios?

¿Entonces? Intentaré fundamentar lo que pienso que es operar psicoanalíticamente con aquellos que consultan por un niño, entendiendo que el análisis no es una empresa moralizante, ni un desempeño autoritario para satisfacer demandas manifiestas.

Ubicarse como psicoanalista con los padres implica escuchar todo su discurso sin establecer privilegios a priori, intentar el rastreo en su historia infantil, dirigirse a ellos, no para dar información acerca de lo que supuestamente le ocurre a un tercero, sino remitiéndolos a sus propias vivencias, sentimientos e ideas.

Así, aparece una queja: "N. está insoportable", y podemos preguntarnos: ¿Para quién?, ¿qué es lo que le resulta insoportable al que habla?, ¿qué experiencias puede relatar?, ¿cómo se fue construyendo en su historia el ser insoportable?

Y no hay clichés posibles. Cada caso nos sorprende por la manera particular en que se entran deseos, fantasías, normas e ideales y el modo en que esto a su vez se expresa en un síntoma.

Al recobrar la infancia, las viejas y eternas pasiones, todo aquello que un niño reactualiza en un adulto va siendo traducido a palabras y reconocido como propio.

Sólo la sobreinversión de las representaciones que determinan la conducta manifiesta de los padres podrá abrir, a través de la reorganización del campo representacional, posibilidades creativas en la relación con el hijo.

El dejar abiertas preguntas e inquietudes posibilitará un camino reflexivo que una rápida respuesta, inevitablemente sustentada en la ideología de una determinada cultura, obturará.

La historia de cada uno de los padres y su historia como pareja se presentifican en el relato que hacen de las dificultades del niño. Fantasías, deseos (inconscientes y preconcientes), temores, identificaciones y repeticiones van desplegándose en tanto son escuchados como consultantes. La remisión a esa historia, la descripción de situaciones concretas vividas con el niño y la verbalización de fantasías (en especial acerca de lo que es ser madre o padre), produce transformaciones en el modo en que el niño es investido e identificado por los otros.

Quizás debamos hacer un rodeo para entender cómo el procesamiento de ciertos complejos representacionales en los padres se evidencia en modificaciones en el niño, si bien no es posible predecir de antemano esas modificaciones.

En el pedido de que un niño sea curado está generalmente implícito un modelo adaptativo que se intenta imponer. Sólo podremos escuchar, y señalar las identificaciones que están operando, ya que aceptar el pedido nos colocaría en una posición imposible. Quisiera recordar lo dicho por Freud, en relación al análisis de adultos: "El médico analista puede, desde luego, alcanzar resultados positivos muy importantes, pero lo que no puede es determinar precisamente cuáles. Inicia un proceso, la resolución de las representaciones y puede vigilarlo, propulsarlo, desembarazar de obstáculos su trayectoria, o, también, en el peor de los casos, perturbarlo. Pero en general el proceso sigue, una vez iniciado, su propio camino sin dejarse marcar una dirección, ni mucho menos la sucesión de los puntos que ha de ir atacando".

Las transformaciones, entonces, supondrán poner en movimiento un proceso que reestructure lo coagulado.

Un niño que nace concentra sobre sí expectativas, deseos, proyectos y odios de aquellos que, a la vez, le garantizan la supervivencia.

Los caminos del placer, el cuerpo como erógeno; la organización representacional que configura el yo, el objeto externo como hostil, las normas e ideales que regirán su vida, el pensamiento preconscious, o sea, el aparato psíquico en su complejidad, se va conformando en un trayecto de satisfacciones, dolores, cuidados, prohibiciones, en la relación con los otros. Pero la causalidad no es simple ni directa. La alucinación primitiva es el modo primario de realización del deseo y supone la inscripción, el rastro, de una vivencia de satisfacción. El rechazo primario reemplaza a los movimientos desordenados de fuga al ser ya huida frente al recuerdo, aversión a mantener investida la imagen mnemónica hostil. Es decir, lo que queda de lo vivenciado son huellas, restos, que se combinarán de manera singular, combinatoria facilitada por la estructura psíquica de los padres.

El complejo de Edipo, estructura universal, reorganizador de toda la sexualidad prehistórica, sufrirá avatares particulares de acuerdo a historias que se remontan a más de una generación.

Quizás el interjuego entre la incidencia de los deseos, pensamientos, prohibiciones, normas, modos de resolución edípica y formas de la intrincación Eros-Tánatos, en los adultos y la manera en que eso se va inscribiendo y reestructurando en un niño, pueda ser aclarado a través de dos citas de Freud en relación a un concepto de especial importancia para el trabajo psicoanalítico: la fantasía. En el manuscrito L, dice: "Están construidas por cosas oídas y sólo posteriormente aplicadas, de manera que combinan lo vivenciado con lo oído, el pasado (la historia de los padres y antecesores) con lo presenciado por el propio sujeto". Y en el manuscrito M: "Las fantasías se originan por la combinación inconsciente de lo vivenciado con lo oído, siguiendo determinadas tendencias. (...) Uno de los fragmentos de una escena visual se une entonces con un fragmento de una escena auditiva para formar la fantasía, mientras que el fragmento sobrante entra en otra combinación. Con ello una conexión original ha quedado irremediabilmente perdida".

A la vez, las fantasías de los padres suelen presentificarse en el niño y aparecen en infinidad de formas, pasando desde la puesta en acción de lo no dicho, hasta trastornos corporales (ya que el cuerpo es el principio mediador entre la realidad externa y la representación).

Así como la fantasía se construye, y es determinada y determinante, las fijaciones pulsionales se van armando en relación a un otro que va dejando marcas, la desmentida está sostenida por los adultos y las represiones tempranas son efecto del rechazo materno en un aparato psíquico con cierto grado de estructuración.

Resumiendo, podemos sostener que a través del tratamiento de los padres se posibilitan ciertos caminos: desprendimiento de fijaciones pulsionales, apertura del narcisismo (en tanto se modifique la estructura narcisista de los padres), inhición de la repetición compulsiva (en tanto aquellos pueden ligar, resignificando, el accionar del hijo), entre otros, sin poder prever los avatares posteriores.

Pienso que queda más claro por qué el trabajo psicoanalítico implicará tomar caminos imprevistos y las intervenciones del analista, sean preguntas, señalamientos o interpretaciones, tenderán a descentrar la demanda manifiesta.

Sin embargo, corremos el riesgo, en este desarrollo, de que se pierda el niño, por omisión, olvido o, sobre todo, si pudiera aparecer como efecto simple de la dinámica psíquica de los adultos.

Pero el niño está ahí, y juega, dibuja, arroja objetos, articula palabras, come un caramelo ...

Niveles diferentes de expresión que no se reducen al lenguaje verbal. Ese niño en quién se van combinando de manera singular los rastros de vivencias, en quién se van entramando deseos articulados en escenas, las que a su vez serán coordinadas en fantasías, y en quién predomina la labilidad entre los sistemas y entre los diferentes tipos de representaciones, puede requerir un psicoanálisis.

Pienso que analizar a un niño implica la utilización de diferentes recursos, no al azar o en aras de una "innovación" sin fundamento, sino adecuados al desarrollo psíquico y al tipo de pensamiento predominante.

Si bien, así como lo plantea Freud en relación a los sueños infantiles, el grado de deformación de los deseos es menor, pues la censura no exige las transformaciones que solemos encontrar en los adultos, las dificultades que se presentan para la interpretación son otras y no menos importantes.

Descifrar acciones, juegos, dibujos, supone conocer la estructura psíquica que determina esa producción y que, como vimos antes, seguramente excede al niño mismo. También aquí operamos con representaciones, pero éstas tienen características diferentes a las del adulto, por ejemplo, por el predominio de los componentes visuales y cinéticos.

Deseos, defensas, identificaciones pueden expresarse en diferentes modos. Tomaremos juego, dibujo y palabra, intentando establecer tres momentos que, si bien responden a una secuencia lógica, pueden ser encontrados en una misma sesión.

Un primer momento podría ser caracterizado por un predominio de la realización del deseo a través del desempeño motriz y la reiteración compulsiva de un acto (el de arrojar, por ejemplo). El juego es aquí alucinación motora, intento de ligar lo vivenciado a través del dominio motor, apropiación activa de lo sufrido pasivamente (ausencia-presencia materna). El dibujo es huella del movimiento de la mano. Las palabras, que pueden acompañar la acción, son partes de la cosa, y mantienen un valor mágico. La sobreestimación del poder de los deseos y actos psíquicos, la omnipotencia de los pensamientos y el predominio de técnicas mágicas en la relación con el mundo, hace repensar las intervenciones del analista, que deben ser acordes a un tipo de pensamiento signado por el narcisismo. (Por ejemplo, la palabra del terapeuta podrá ser incluida en un contexto en que adquiere un sentido mágico). Así también, las asociaciones a la acción serán hechas por los padres, los que relatarán sucesos, traducirán sonidos (un ejemplo claro se encuentra en el análisis que hace Freud del juego del carretel). Y si en la repetición misma del movimiento, del juego o del dibujo, vemos la insistencia de la pulsión que resulta intraducible en palabras, será a través de acciones y de actividades lúdicas que podremos introducirnos en ese universo con predominio cinético. Nuestras palabras presentarán sentido en la medida en que acompañen el accionar.

Para que la interpretación sea posible (es decir, tenga un lugar, sea escuchada), deben darse una serie de condiciones. Si no, es necesario intervenir de otro modo, modos tendientes a la construcción de una estructura que haga posible, en otro momento, ese instrumento privilegiado.

Un segundo momento supone el juego como escenificación, actualización de la fantasía. Se suceden escenas, personajes y el juguete que adquiere una significación más precisa en relación a una historia. El dibujo delimita formas precisas y, ya posibilitada la inhibición del movimiento desordenado, intenta ser reflejo de imágenes visuales. El lenguaje verbal, aunque más estructurado, mostrará la inestabilidad de la organización preconciente, a predominio de representaciones-palabra no diferenciadas claramente de las representaciones-cosa.

En la historia de Juanito, Freud describe el juego de aquel a ser un caballo y dice: "Acepta así las últimas interpretaciones más resueltamente de lo que podría hacerlo con palabras, pero trastrueca los papeles al poner aquel juego al servicio de una fantasía optativa. Ahora, él es el caballo y muerde al padre, con el cual se identifica por lo demás en todo ello". La trama de identificaciones se despliega en el juego dramático, que supone una posibilidad de diferenciar deseo y realidad. Los

deseos se realizan disfrazadamente. Las fracturas y detenciones del juego marcan momentos privilegiados para la intervención terapéutica. Pero el juego de Juanito puede ser interpretado a partir del conocimiento de la historia previa, dada por el padre.

En la medida en que el niño no ha establecido claramente un sistema Cc. como conciencia cogitativa secundaria, tiende a no pensarse a sí mismo, sino a proyectar en otros (personajes, juguetes) sus conflictos.

Un tercer momento implica una cierta estabilización de la divisoria intersistémica, que se intenta consolidar a través de sistemas defensivos. Esto se puede expresar a través de un predominio de juegos reglados (aunque las reglas son generalmente grupales o individuales, y pueden ser modificadas según las circunstancias), de dibujos que reproducen gráficos ya vistos y de un lenguaje coartado por la represión.

Con el abandono de la imagen del padre como omnipotente, como aquel de quien depende la renuncia a la satisfacción pulsional, se posibilitará un modo de funcionamiento en que las normas y leyes puedan ser incorporadas como provenientes de un orden social, dando lugar a un pensamiento más abstracto.

Las intervenciones del analista con el niño podrán abarcar un amplio repertorio de intervenciones no-verbales: acciones, operaciones lúdicas (participación en el juego e interpretación a través del mismo), apelando al dibujo o al modelado, así como intervenciones verbales (interpretaciones y construcciones). Por lo anteriormente desarrollado, depende del nivel de expresión del niño, de su grado de estructuración psíquica, cuál de las intervenciones mencionadas será la adecuada.

Un psicoanalista de niños debe escuchar, mirar, jugar, hacer ... ; posibilitarle al niño un espacio lúdico, verbal y gráfico. Así, realizar aquellas acciones que espejen o contengan el accionar del niño, poner en palabras lo que se hace, "meterse" en el juego y representar papeles, investigar y preguntar acerca de un dibujo, pidiendo asociaciones, son sólo algunas de las intervenciones posibles.

Entonces, tanto cuando hacemos con los padres (o con uno de ellos) un recorrido que va desde "S. no quiere comer" hasta el reconocimiento de los propios conflictos puestos en el dar de comer, como cuando jugamos a las escondidas con un nene (si podemos dar cuenta de ese juego), estamos embarcados en el trabajo psicoanalítico con niños.

Lo expuesto son ideas sueltas, intentos de reflexionar acerca de una práctica, que es a su vez lugar de entrecruzamiento teórico. Si las comunico es porque pienso que la producción científica supone dejarse guiar por las pasiones, y abrir nuevas vías de pensamiento, ligando las representaciones en una organización coherente. Pero también supone la participación de un conjunto de personas, del debate y la confrontación, siendo siempre un producto colectivo e histórico.